



REFLEXIONES SOBRE EL FACTOR SOCIAL DE LA ENFERMEDAD MENTAL

Manfredo Teicher

Asociación. Psicoanalítica Argentina (APA)

fredi@fibertel.com.ar

<http://www.manfredoteicher.com.ar>

RESUMEN:

¿Quién define lo que es justo y lo que no lo es? En la pirámide social todos quieren estar arriba y someter a los de abajo. Somos víctimas y cómplices de un juego imposible de modificar. Cubierto de una elegante hipocresía que resulta peligroso denunciar. El dinero que se obtiene por el trabajo personal es el reconocimiento que la comunidad otorga. Para una amplia mayoría, resulta significativamente negativo. La hostilidad que esto genera, comienza un proceso donde la guerra y el genocidio están en el extremo de un camino de corrupción social que a nivel individual puede traducirse en droga, locura o suicidio. Si el ambiente social no es capaz de imponer una justicia social en su medio, éste será el caldo de cultivo donde la perversión y la locura estarán a sus anchas. El odio surgido por la frustración puede manifestarse en una de las revoluciones cruentas que ilustran la historia. Lamentablemente jamás se concretó su intención de imponer una justicia social. ¿Por qué la guerra? ¿Por qué los genocidios? Pretender imponer la razón allí donde la pasión embota los sentidos, es, no sólo inútil sino arriesgado. El instinto de conservación de la especie promueve la reproducción, pero no se opone a la aniquilación de los vecinos. Las diferencias de clase, tanto dentro de un grupo como entre grupos (naciones) se resisten a un favorable cambio. La cultura humana transmite su eterno mensaje: ¡Sálvese quién pueda y como pueda! Muchos lo logran. El ser humano ¿es un animal racional?

I) .- Nosotros, los humanos al comienzo del siglo XXI: Tras millones de años la vida se desarrolló de tal modo que produjo en la cumbre de su evolución al animal humano (el homo sapiens) dotado de una inteligencia y de una habilidad que nos permitió desarrollar una asombrosa tecnología cuyo avance es incontenible, para bien y para mal.

Disponemos de un medio de comunicación que suponemos exclusivo y contamos con altos ideales utópicos de Libertad, Igualdad y Fraternidad, junto a instituciones sociales como las religiones y las nacionalidades, con las que mantenemos relaciones tan singulares que culminan en sacrificios humanos como la guerra y los genocidios.

Nos encontramos al comienzo del siglo XXI con la posibilidad de la autodestrucción de la especie, con un desastre ecológico cuya solución parece tan ilusoria como en su momento lo fue el socialismo y con un peligroso desarrollo de la ingeniería genética que es, a la vez, un magnífico ejemplo del potencial creador que la naturaleza nos ha otorgado.

La tecnología y la globalización que es uno de sus productos, profundiza dramáticamente la brecha que siempre existió entre los ricos y poderosos por un lado y los pobres y desamparados, por el otro.

Los robots de las fábricas automáticas reemplazan sin nostalgia a los antiguos esclavos pero aumentan el problema de la desocupación que la globalización impone por doquier. Mientras la religión y los nacionalismos demuestran su vigencia, crece la desconfianza frente a la democracia, simple fachada de una realidad bien distinta a su significado teórico: ninguno de los supuestos gobiernos democráticos puede dejar de defender los intereses de la minoría que representa, a expensas de la mayoría. La prevención en salud mental debería iniciarse en el campo de la política pero en vista de lo que ésta realiza en la práctica concreta, no es de extrañar que la angustia, la frustración y la violencia, sea el producto de las fervientes promesas de un mañana tan hermoso como imposible.

La vida social no es fácil. Todos quieren vivir "bien", tener éxito, ser respetados, ser importantes. Todos queremos ser ricos y famosos. No hay límites para estas metas. El fracaso, la frustración, genera bronca, rabia, odio, defusión instintiva (o como quieran llamarla) lo que impulsa a "actuar" más y a reflexionar menos. Corriendo el riesgo de caer en un círculo vicioso de más frustración y más odio. Acompañado de miedo (al fracaso, a la propia bronca) cerrando otro círculo vicioso paralelo al anterior. Evitar caer en esta trampa, salir de ella, o simplemente tolerarla, es el arte de convivir en sociedad.

No cabe duda que el Principio de Realidad (postergar, renunciar) debe controlar al Principio de Placer (ya, todo) pero esto introduce serias dificultades en la cultura. ¿Hasta cuándo postergar? ¿A qué renunciar?

Las distintas culturas definen a su modo el concepto de sublimación¹ y el de perversión². ¿Cuál es el camino correcto para alcanzar el éxito, el respeto y la valoración de aquellos a quien uno valora? ¿Cuáles son los valores adecuados para convivir con los otros, de los que no podemos prescindir por nuestra condición gregaria? El odio a veces es justificado por injustos maltratos no merecidos. ¿Quién define lo que es justo y lo que no lo es?

Los ejemplos del éxito económico de la corrupción en los altos niveles de la administración humana está en flagrante contradicción con los discursos que deben formular los políticos democráticos prometiendo la justicia social para todos. Y las enormes masas humanas son tanto víctimas como cómplices de un juego imposible de modificar. Todo cubierto de un manto de silenciosa y elegante hipocresía (la desmentida) que hasta resulta peligroso denunciar.

¹ Sublimar, significa "portarse bien", según los valores del grupo de pertenencia, respetar al objeto significativo, del que se espera un adecuado reconocimiento como premio a la conducta sublimada. Reconocimiento que eleva la autoestima y fortalece el deseo de vivir.

² Perversión, es lo que el grupo de pertenencia considera "malo". Despreciando al objeto significativo, del que se exige el reconocimiento positivo a cualquier precio. Incluye la psicopatía y la plusvalía.

La experiencia cotidiana educa, formando el carácter del sujeto. La juventud, al comprobar los honores que se brindan a cualquiera de los tantos héroes militares que se lucen en sus estatuas ¿podrá pensar que tal héroe debería ser considerado un asesino? O, más bien tendrá muy en cuenta que el campo de batalla es una oportunidad ideal para ganarse envidiables medallas al honor. Pero el que se niega ir al frente a matar (lógicamente, a los enemigos de turno) puede ser fusilado y/o sufrir el desprecio de su grupo por cobarde.

La salud mental consiste en vivir en sociedad y practicar sin cuestionarse demasiado con mas o menos elegancia la misma hipocresía y ser cómplice del pacto de silencio. La negación, la racionalización, la proyección, son los lugartenientes sin los cuales la represión no sería posible; sin olvidar el misterioso poder de la autosugestión. La enfermedad mental denuncia que algunos sujetos (que no son pocos) no pueden soportar este "juego" y su aparato mental queda intoxicado con la angustia y el odio. En determinadas situaciones, esto puede ocurrirle a cualquiera. Dependerá de sus series complementarias (**su historia personal**) que alguno tenga un poco más capacidad de tolerancia que otro.

II) .- Convivencia, dependencia, competencia.

La necesidad de **convivir** plantea serias dificultades. El problema surge de una naturaleza humana que se inclina a apoyar las pretensiones del **narcisismo arrogante y prepotente infantil** en su conflicto con otros semejantes que tienen la misma aspiración.

La necesidad de ser aceptado para convivir en la sociedad humana, obliga a todos al control de ese aspecto del narcisismo, a sublimarlo para convertirlo en un **narcisismo socialmente adaptado** que está dispuesto a tolerar la frustración, respetar al otro, a colaborar con él y a ser solidario. Pero al mismo tiempo, en la sociedad todos compiten constantemente para obtener suficiente poder que permita relajar los controles e imponer a los otros sus caprichos, sometiéndolos.

Y un curioso mecanismo psíquico permite diluir en el grupo de pertenencia al narcisismo individual. *Ya no seré Yo lo más maravilloso en el Universo, sino mi grupo de pertenencia: mi familia, mi patria, los miembros de mi religión, de mi institución, de mi sexo, de mi color de piel, de mi clase social, etc, etc, etc. Y ellos, los otros, serán los que deberán estar a disposición incondicional de Nosotros, los Señores.* Freud llamó a este fenómeno social "Narcisismo de las diferencias" sin profundizar.

La elaboración del Complejo de Edipo equivale a la internalización de pautas culturales, en una educación intermediada por la familia. Las pautas culturales conforman una Ley que intenta normatizar los vínculos de los miembros de una comunidad. Una Ley que contiene "licencias" por las que, en determinadas circunstancias y frente a determinados semejantes, no rige la ética que la Ley y la cultura dicen defender. Nuestro discurso cultural generalmente oculta con elegante hipocresía lo que nuestra actitud cultural señala.

La humanidad se divide en:

los que tendrían el poder de imponer una justicia social pero no les interesa.

los que denuncian el abuso de poder clamando por una justicia social pero no tienen el poder para imponerla.

Y, si los que ayer clamaban por una justicia social pero no podían imponerla, si hoy pueden, ya no les interesa.

Dentro del grupo, la competencia narcisista que lucha por el poder de una arrogancia ilimitada y por la sumisión incondicional de los objetos significativos que componen el grupo de pertenencia (por ejemplo, en una familia) puede convertir la cotidianidad del ser humano en una guerra sin cuartel. Lo que llegaría a convertir al intento esquizofrénico de salir del campo y evitar esta competencia, como una defensa válida si no fuese que la naturaleza humana tampoco tolera quedar al margen de este "deporte", o sea, de la competencia narcisista.

A pesar de que en algunos momentos es necesaria y por lo tanto buscada y anhelada, para

descansar y reponer fuerzas para la próxima "batalla", la soledad es en general muy temida, resultando intolerable si durase mucho tiempo.

Haber logrado crear una comunicación digital (las palabras) sumamente sofisticada, es un motivo de orgullo para la inteligencia humana ya que hizo posible el desarrollo de una asombrosa tecnología. Pero también introduce la mentira y otros ingredientes perversos en el vínculo humano.

La necesidad de recibir el reconocimiento positivo de un objeto significativo convierte al sujeto humano en un ser eminentemente social. Esto resulta indiscutible en los primeros años de vida por el largo período de indefensión en que nacemos. La adolescencia trae el incremento del llamado de la naturaleza a la reproducción, acentuando el deseo de ser deseado como objeto sexual, por aquél que logra despertar ese deseo.

La necesidad de ser valorado por algún semejante que se ha convertido en un objeto significativo para el sujeto, o sea, el ser importante para alguien que es importante para uno, es una **necesidad narcisista primordial** inherente a la condición humana, si bien no es exclusivo de la especie. Mientras nuestro aspecto humano se esfuerza en crear altos ideales utópicos de Libertad, Igualdad y Fraternidad, para lograr su satisfacción, la presión de lo reprimido nos alienta a buscar la satisfacción de tal necesidad a través de una lucha por el poder, una pulsión de dominio que denuncia nuestras profundas intenciones.

Esta necesidad narcisista primordial podrá tomar distintas significaciones a lo largo de la vida de acuerdo a los cambios que las diversas circunstancias van imponiendo pero crean una fuerte dependencia entre los miembros de una comunidad.

Lo molesto de la **dependencia** es el abuso que se tiende a hacer del poder que otorga. Narciso obtuvo ese poder por sus atributos naturales: juventud y belleza. Y se dio el lujo de rechazar (reconocimiento negativo) a todo aquél que lo convirtió (a Narciso) por sus atributos naturales, en objeto altamente significativo del que se esperaba el reconocimiento positivo: ser deseado o, por lo menos, ser valorado. La tendencia al abuso de poder es universal. Mantener el control de la conducta, respetar al otro en lugar de despreciarlo, para obtener una mejor convivencia, es un gasto de energía que resulta, si no recibe pronta y adecuada respuesta, frustrante para nuestra parte infantil prepotente (en el mejor de los casos, oculta en el Inconsciente) lo que puede elevar la tensión a niveles difíciles de soportar.

Con suficiente poder se podría contar con el reconocimiento positivo garantizado de aquellos a quienes se pudo someter. Cuanto más poder, mayor es el campo que abarca el reconocimiento que se puede imponer. Todo poder es tan frágil como un castillo de naipes al paso del tiempo (sea un minuto o un siglo) pero mientras dura es una temible tentación de disfrutar del placer que produce su abuso, ya que libera al sujeto de la exigencia social de controlar su conducta para con los demás. El Superyo, si pretende defender los intereses de los otros, poco puede hacer frente a la presión de un Ello maníaco, debiendo colaborar mediante sutiles racionalizaciones a rechazar el juicio de perversión que el abuso de poder merece.

Un sujeto humano se siente motivado por su naturaleza narcisista a **competir** para ganar. ¿Qué? La admiración, la valoración, el deseo, de aquellos que han conquistado el deseo del sujeto, convirtiéndose en objetos significativos (importantes) para él. Esperando este resultado, competimos en cualquier terreno que intervengamos. Llamar la atención, ser valorado y ser deseado por el objeto significativo (a su vez deseado) es el momento que traducimos como felicidad. Ganar, implica alegría y mayor status; perder, significa el rechazo y la marginación seguida de una inevitable depresión.

El deseo es ganar siempre, lo que resulta imposible. Perder en la competencia, sea la que fuese, suele ser una herida narcisista muy dolorosa capaz de provocar estallidos de furia, si la tolerancia a la frustración es mínima por cualquier circunstancia. Normalmente se aprende a tolerar esta frustración, o sea, a controlar al Ello (al Inconsciente).

Los riesgos de la competencia son varios. Perder, puede generar la furia, la melancolía, la

marginación o aún la muerte. Si hay tolerancia a la frustración, ésta puede resultar un buen motivo para aprender a competir mejor o a cambiar el terreno de la competencia, evaluando mejor la predisposición y la habilidad, sea la ya adquirida o la residual, en el caso de la vejez del sujeto.

La competencia puede ser agradable y productiva (sublimada) respetando el narcisismo ajeno, o perversa, despreciándolo.

La meta es lograr un lugar digno en la sociedad (status) y/o despertar el deseo del objeto significativo. Ambas metas pueden coincidir o entrar en conflicto. Para el adolescente, suele ser primario lo segundo, pudiendo ser despreciado el resto. El **Deseo** del adolescente se dirige a un objeto significativo idealizado.

El **Deber** suele ser causa y consecuencia de convertir al grupo de pertenencia en objeto significativo y es éste el que define cuál es el deber a cumplir.

A través del tiempo se ha convertido al dinero en un símbolo de la valoración social y la valoración social es el reconocimiento positivo donde la sociedad es el objeto significativo altamente privilegiado. Por lo tanto una meta fundamental de la competencia social es la obtención del dinero que permite disfrutar de la exuberante tecnología desarrollada, adquiriendo los infinitos objetos que otorgan su categoría al status, una vez que se han logrado cubrir las necesidades primarias de supervivencia, como la salud y el hambre. Con la movilidad social que posibilita la democracia (valioso avance) y la sofisticada tecnología que el ingenio humano ha desarrollado, la competencia no tiene límite y, lejos de liberar, mas bien aumenta la alienación con sus pretensiones sin fin.

El dinero que se obtiene por el trabajo personal es el reconocimiento que la comunidad, convertido en objeto significativo, otorga. Para una amplia mayoría, bien notorio en los países "en desarrollo" (¿?) este reconocimiento resulta significativamente negativo. El poder adquisitivo de los magros importes que se logran juntar, es una frustración que se convierte en puerta de entrada a la patología donde la actitud perversa quizás resulta el menor de los males.

El desprecio que encierra esta respuesta de la sociedad, la hostilidad que genera, comienza un proceso donde la locura social, la guerra y el genocidio están en el extremo de un camino de corrupción social que a nivel individual puede traducirse en alcohol, droga, prostitución, estafa, robo, locura o suicidio.

El narcisismo tiene dos terrenos privilegiados: la valoración social del grupo de pares y el deseo (reconocimiento positivo) del objeto a su vez deseado.

El rechazo social es una frustración que, como toda frustración, produce una violenta reacción del narcisismo infantil que no la tolera. El Yo (nuestra parte consciente) intentará mantenerse en la Ley defendida por el Superyo y reprimir los impulsos antisociales, elaborando un narcisismo socialmente adaptado y valorado, para lo cual, si es posible, usa como defensa la sublimación: convertir la energía de la rabia en un esfuerzo para una mejor adaptación. Su tolerancia a la frustración depende del poder de estas fuerzas. Si logra controlar a la criatura rebelde (el narcisismo infantil encerrado en el Inconsciente) o no.

Pero si la realidad insiste en situaciones frustrantes, por ejemplo, que la familia reclame para satisfacer sus necesidades básicas, un apoyo económico que su trabajo no logra, o que ni siquiera consiga trabajo, en tal caso será cada vez mas difícil frenar los impulsos hostiles, pudiendo aún recurrir al alcohol, a la droga, para aturdirse y no pensar en esa realidad. La hostilidad terminará por romper los diques morales y aparecer en escena de diversas maneras.

La hostilidad vuelta contra el sujeto producirá la enfermedad psicósomática, la locura (que es una de sus facetas) o el suicidio. Contra los otros aparece la conducta antisocial que fácilmente puede encontrar el apoyo de un grupo de pertenencia socialmente marginado (de los que abundan) para diluir los frenos morales, lo que el alcohol y la droga realizan por otros medios.

Dentro del ámbito familiar, la descarga de odio suele producir un infierno más o menos encubierto por sutiles "pulseadas" que se mantienen a nivel gestual y verbal, una lucha por el poder todavía soportable, o manifiestas y crueles batallas campales. El desprecio al otro semejante es la

contraseña para justificar la conducta hostil hacia él, en muchas formas, siendo la lucha de clases (el desprecio a las clases inferiores) la más habitual. De esta forma, la situación social justifica actitudes que producen esa situación social, cerrando un círculo vicioso que la especie humana no está en condiciones de romper.

En la pirámide social todos quieren estar arriba. Subir en la escala social es hermoso, bajar es doloroso. Igual que despertar envidia, produce placer; mientras que sentir envidia duele.

Toda la sintomatología mencionada puede ser producida por razones que nada tienen que ver con la situación social. No todas las frustraciones se originan en el campo económico. Pero la situación social puede justificar la hostilidad que produce, por las injustas frustraciones que impone.

Reclamamos a la familia la responsabilidad de criar a los nuevos miembros de la comunidad. Pero si el ambiente social no es capaz de asumir la responsabilidad de imponer una justicia social en su medio, lo que es utópico, éste será el caldo de cultivo donde la perversión y la locura estarán a sus anchas.

A nivel individual, la responsabilidad principal en cuanto al control de la hostilidad se refiere, recae sobre la tolerancia o la intolerancia a la frustración, siendo las series de experiencias históricas individuales las que dictaminen el resultado. Y decidir entre la justificación o la condena de una actitud hostil no siempre es una tarea fácil.

La furia, la enfermedad psicósomática, la melancolía, así como un muy molesto sentimiento de envidia, resultan precios muy altos que la competencia obliga al sujeto, a pagar. Estos son argumentos que conducen a la renuncia de toda competencia, a la automarginación, buscando la ayuda en alguna situación escapista como el alcohol, la droga, la locura o aún en el suicidio. La naturaleza humana tiende a la competencia en todo nivel resultando una dolorosa frustración no poder intervenir. Sin embargo, el miedo producido por continuos fracasos ya sean vividos por el sujeto o vistos en otros, alientan a buscar la forma de evadirse, debiendo aceptar para ello caminos que el consenso también rechaza.

Compartir, es una actitud socialmente valorada. En cambio, la competencia, como conducta natural, es aceptada con determinadas reservas. Y fácilmente criticada por la moral. El deseo de competir y ganar siempre, es tan intenso en el ser humano, que se puede definir al ser humano como un empedernido jugador. Como es imposible ganar siempre, la frustración por el hecho de perder en la competencia se presenta continuamente y causa un profundo dolor contra el cual surge el odio como justificada respuesta. Pero justificada solamente para el sujeto y, en el caso de un adulto, las normas internalizadas y defendidas por su Superyo, tienden a reprimir este odio que suele manifestarse en forma de envidia, aspecto del odio que corroe las entrañas (mundo interno) al no poder expresarse en el mundo externo.

En determinadas circunstancias, el hecho de competir, es aceptado y hasta valorizado. Ser importante es, a veces, más valioso que ser querible. O, se es querible, si se es importante. Y se es importante, si se gana. En el deporte se acepta la competencia y se intenta controlar la envidia forzando convertir a ésta en admiración: el buen deportista, si pierde, debe rendir sincero homenaje al ganador. Y el ganador no debe hacer alarde de su triunfo. La guerra es un ejemplo más dramático. Se exige competir y ganar al enemigo, matándolo. Aquí es el miedo el que debe ser negado.

Hay pautas culturales universales que imponen el respeto hacia el otro semejante. Lo que quiere decir que se debe dar un reconocimiento positivo a todos los otros. También hay pautas culturales que introducen ciertas "licencias": en determinadas situaciones y a determinados "otros", el reconocimiento positivo puede tener algún ingrediente despectivo.

Que un general envíe a la muerte a su tropa es un desprecio ampliamente justificado por la defensa de la patria (de lo "nuestro").

III).- La ilusión; un paliativo válido.

“La fantasía es el Parque que oxigena el espíritu” S. Freud

“Si los seres humanos no tuvieran fantasía, les sería fácil tolerar a la realidad” Andy Warhol.

Fieles servidores del Principio del Placer y favorecidos por una brillante inteligencia, el destino humano ha consentido el encumbramiento de la ilusión. Que la fuerza de la razón es su estandarte, no puede ser menos que una ilusión más, cuya existencia, la trampa de la lógica nos ofrece como paradigma de tal argumento. Al imponer la ilusión de un supuesto orden, a la criatura cuyos privilegios y poderes llegaron a competir con el omnipotente azar, alcanzando el nivel cada vez mas cercano a todos los dioses, que su asombrosa imaginación, a su imagen y semejanza ha creado, persiguiendo la excelencia a la que pretende unir su existencia.

Surgida del mismo enjambre que los primeros balbuceos pensantes que orgullosamente bautizamos con el nombre un tanto pomposo de ciencia, la filosofía insiste en condenar al descrédito a la única tabla de salvación, que con todas sus falencias, nos acerca, siquiera por instantes fugaces, al deseo de vivir, al reino de la felicidad.

Los avatares del reino de la realidad, con profundo desprecio al desesperado intento intelectual que realizan sin descanso los curiosos habitantes de un minúsculo rincón del Universo, bastante lastimados ya en sus esfuerzos por mantener a flote un maltrecho oasis de megalomanía, niegan sarcásticamente el valor de toda escala de valores, indiferentes al dolor intolerable que una afirmación semejante puede provocar en las enormes masas humanas cuyo destino es ser los parias, las víctimas, de esos valores.

La apenas conocida e inconmensurable realidad, supera todo intento de ser medida por cualquiera de las escalas de valor que nos empeñamos en producir ávidos de mostrar los hijos dilectos de una capacidad de discurrir en un nivel de abstracción fácilmente convertible en un juego intelectual que, en los raptos de delirio consensuado sugiere la ilusión de dominarla. Tal ilusión de dominio, reconocemos como imprescindible e inevitable. El narcisismo, la ilusión humana de Ser valioso, importante, querible, legítimo paradigma (categoría de valor que otorgamos caprichosamente a tal afirmación no por ello menos ilusoria) con el que adornamos el vacío de nuestra existencia, impone esta norma como necesidad inalienable a nuestro psiquismo. Toda escala de valor, que en algún nivel sugerimos denominar ideología, no deja de ser una frágil ilusión por mas beneficio o daño que pueda sembrar en las mismas criaturas que la generan, fortalecen, apoyan o combaten. A través del tamiz que los delgados hilos de las innumerables escalas de valor construyen e imponen a nuestra percepción, la realidad toma para nosotros, status de existencia.

No, no nos atrevemos a desmitificar la ilusión. Pretendemos, por lo contrario, rendirle sincero y merecido homenaje a un ingrediente vital, imprescindible para que un sujeto humano se avenga a transitar por un jardín de rosas defendido por infinitas y peligrosas espinas. ¿Acaso podemos encontrar en la cultura de la especie algún elemento significativo no contaminado por nuestra heroína? ¿Acaso no usamos constantemente en cualquier conducta, en el más amplio sentido que podamos dar a ese término, esas supuestas sutiles defensas que son las escalas de valor? Pero aquí nos encontramos con un problema que colocaremos en una escala vertical, dictaminando que, hasta ahora, nos hemos movido en una supuesta escala horizontal, ilustrando, de paso, lo complejo y arbitrario, **lo ilusoria**, que es toda escala de valor.

Podemos defendernos de todo aquello que molesta, simplemente, negando su existencia o alterando su valor. La ilusión, en su juego dialéctico con la razón y la lógica, demuestra su poder. Y la inteligencia humana coloca su inaudita capacidad de producir argumentos de toda índole, a su disposición.

La realidad no es una ilusión. Sí lo es toda escala de valor, que oculta el deseo narcisista del que tiene el poder de imponer tal escala de valor. La posibilidad de satisfacer ese deseo narcisista no deja de ser una efímera esperanza por lo que sería mejor denominarla también ilusión.

Más allá de toda escala de valores hay una realidad. Pero si esta realidad, alguno de los millones de elementos que la componen, roza el narcisismo humano, automáticamente es modulada por la ilusión, cualquiera de las escalas de valor o ideologías que el narcisismo sostiene. Únicamente tamizada por una escala de valor producida por el narcisismo, podemos relacionarnos con la realidad. Es imposible ser imparcial, objetivo, prescindir de un juicio de valor, frente a cualquier elemento de la realidad.

En segundo lugar está la incógnita sobre cuál narcisismo, a qué individuo o grupo pertenece, el que determina la escala de valor en juego. ¿Qué intereses defiende? o sea: ¿a quién perjudica? Con estas reflexiones he intentado ilustrar la particular importancia que cobra el caldo de cultivo social en el desarrollo de lo que consideramos salud y enfermedad mental.

IV). - El malestar en la ética³

El Psicoanálisis nos habla de un sujeto escindido. De un Inconsciente y de un conflicto psíquico. En ese conflicto encontramos la raíz de lo que la sociedad humana y su historia ilustran. Una **ética individual primordial** (cuyo supremo bien es la satisfacción caprichosa y antojadiza de su dueño) que lucha contra una **ética grupal** (cuyo supremo bien es el bienestar grupal) que la quiere someter. Y las distintas culturas (cada una sistematiza la ética grupal a su modo) que luchan entre sí, para imponer su escala de valores.

Un 'deporte' que podemos ubicar en distintos niveles:

La lucha por SER aceptado en el grupo. La infancia es un paradigma.

La lucha por el liderazgo dentro del grupo. ¿Quién es más importante?

La lucha por el liderazgo entre los grupos. ¿Cuál es más importante?

Nacemos con una ética individual que entiende que es bueno y justo que todo y todos estén a disposición del sujeto en formación. Sistematización que millones de siglos de evolución se encargaron de realizar. Ética que respeta únicamente las necesidades narcisistas de su dueño (que podemos llamar **Ética Primordial**).

Poco a poco esta ética se cubre con un "barniz social" que contiene otra ética: la que respeta las necesidades de los otros, según normas consensuadas. Incluye determinadas "licencias", a quienes, dentro del grupo, se puede despreciar. En toda cultura, la criatura humana aprende por experiencia propia y en sus primeros años de vida, que existen clases sociales, de las que hay que respetar alguna, pero que se puede despreciar (usar) a otra. Nuestra conducta cotidiana (del sujeto adulto) es una transacción dialéctica del eterno conflicto entre las dos "éticas", la primordial y la grupal (que podemos llamar **Ética Superyoica**).

La ética primordial, de "His Majesty the Baby", es inevitable. El nuevo sujeto se encuentra en un mundo hostil donde pretende sobrevivir. Entonces es lógico que trate de "usar" los objetos que encuentra en ese mundo para su único beneficio. No se pretende que respete a esos objetos. Respetar a los otros, significa tener en cuenta las necesidades narcisistas de los otros. Todavía no está en condiciones de ello. Y hasta parece necesario que se fortalezca ese egoísmo, el narcisismo, para que el desarrollo del sujeto sea "sano".

Otro problema será: ¿cual es la ética grupal superyoica que deberá limitar a la ética individual primordial?

La ética primordial es natural, genéticamente dada, universal e igual en toda la especie. En cambio la ética grupal es un producto de la inteligencia humana que ha desarrollado infinitas culturas. Culturas que se han ido desarrollando a partir de las relaciones entre los seres humanos entre sí y entre ellos y su contexto. Cada cultura contiene determinadas normas éticas a las que considera las más adecuadas. Son distintas transacciones dialécticas entre la ética primordial, que desea someter a su gusto a todo y a todos; y la necesidad de convivir con los otros, que desean lo mismo.

³ ética: sistematización del Bien y del Mal, de lo Justo y lo Injusto.

Surgió entonces una legislación, una ética grupal superyoica, normas de convivencia, para que el grupo humano, imprescindible para la salud mental del sujeto humano, pueda subsistir. Había que prohibir el incesto, el homicidio y el canibalismo, dentro del grupo de pertenencia.

Normalmente, la ética primordial, el deseo de usar a los demás a gusto y según el antojo del sujeto, queda reprimida en el Inconciente. Pero no desaparece, sino, por el contrario, presiona constantemente, sabotando la convivencia grupal.

Stefan Zweig, escritor vienés nacido en 1881 en "La curación por el espíritu" incluye una biografía de Freud donde aquél describe a la vida psíquica como un iceberg "del que sólo una pequeña parte alcanza la superficie iluminada de la conciencia". La ilustración del iceberg coincide dramáticamente con el poder del Inconciente que sería la parte sumergida, la que marca el rumbo.

Es la ética primordial, tan actuada como negada, racionalizada y proyectada en los otros, la que marca el rumbo de las relaciones humanas; la competencia narcisista en el grupo le debe su origen. ¿Quién es el más poderoso, el más importante, el más bueno, el más lindo, el más inteligente? La síntesis de la manifestación de la ética individual en el grupo es: ¿quien tiene más poder? Por lo tanto, ¿quien tiene más derechos? Los demás tendrán los deberes.

Si entramos a desmenuzar el ovillo de la ética grupal, nos encontramos con una intrincada selva. Un discurso, donde predomina la solidaridad y la justicia (que podemos llamar **Ética Grupal Superyoica Sublimada**). Una hermosa fachada, producto del barniz social adquirido e internalizado con amarga resignación en la lejana infancia. Cubriendo una actitud individual y grupal que compite para obtener suficiente **poder** y dar rienda suelta a aquella criatura que escondimos en el Inconciente, la que tanto en un sujeto adulto como en un grupo humano, exige la denominación de **Ética Perversa, o, simplemente Perversión**.

Mientras no se obtiene tal poder, ocultando los deseos perversos, los seres humanos solemos mostrar una emocionante capacidad de compartir con los vecinos, respetarlos y ser solidarios. Es el poder que anula al miedo, el que intoxica en forma maníaca al ser humano. El miedo pone freno a sus deseos ilimitados. Pero también el miedo obliga a someterse al poder grupal que puede llegar a ser mucho más cruel y dañino que el individual.

Si la ética pretende defender los intereses del grupo humano frente al egoísmo individual, entra en contradicción con sí misma si defiende los intereses de algún grupo en particular porque de este modo lesiona los intereses de otros grupos. Entramos en el campo de la hipocresía.

En este caso ¿no debería llamarse ética perversa?

¿Es posible una ética que contemple los intereses de la especie humana? En teoría, es posible. En la práctica haría falta un poder que imponga esta "Ley" (dejando de lado el problema que plantean los obstáculos que se oponen a encontrar una ley semejante) a la especie humana. Lo que implicaría un muy serio riesgo. La historia demuestra que la lucha por el poder es inherente a lo humano y por eso mismo tiende a un cruel abuso del poder, si lo logra.

Sin embargo, la administración racional del extraordinario potencial humano, es posible. Gracias a la tecnología producida por la inteligencia y la habilidad de la criatura humana, estamos en condiciones teóricas de disfrutar de una era de bienestar increíble. Pero la inteligencia humana es un instrumento que no se destina a ese fin.

La teoría suele dejar de lado algunos elementos por los cuales la práctica -que no puede dejarlos de lado- convierte a esa teoría, lamentablemente en utopía. El discurso cultural incluye la Justicia Social en sus ideales éticos como virtud fundamental.

La actitud cultural incluye en su cinismo la conveniencia de negar que ésta no es posible.

"Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y a la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro; nos inclinamos a verlo como un suplemento en cierto modo superfluo, aunque acaso no sea menos inevitable ni obra de un destino menos fatal que el padecer de otro origen."

Freud "El Malestar en la Cultura"

En los años 45, tras la segunda guerra mundial, estaba de moda soñar con un gobierno mundial. Sin fronteras nacionales. No habiendo fronteras ni soberanías nacionales para defender, la guerra y la industria bélica perderían todo sentido. Una sola moneda universal. Imaginen un mundo sin imperialismo ni guerras. Aquél sueño era algo muy distinto a la globalización, donde el poder de los menos somete y desprecia al resto que es la mayoría.

No adhiero a los profetas del Apocalipsis, que auguran el cercano fin de la especie como producto del desastroso avance de la cultura humana. Pero el avance tecnológico que es espectacular, no está acompañado de una ética que otorgue sus beneficios a la especie. A pesar de todos los discursos demagógicos que lo prometen. Es la conducta de la especie y no, los discursos de sus líderes, la que señala nuestras intenciones.

El desarrollo tecnológico permite una mayor longevidad, mayor velocidad en el movimiento y en las comunicaciones, al mismo tiempo que profundiza la injusticia social. El extraordinario poder alcanzado podría, si la humanidad se lo propusiera, brindar una era de bienestar a toda la especie.

El fracaso de la utopía comunista alimenta la idea de un supuesto fracaso de la ideología socialista frente a las ventajas de la libre empresa capitalista. De ser cierto, significaría que la inteligencia humana no es capaz de encontrar e imponer normas de convivencia racionales, o sea justas, para la especie humana.

Triunfa el capitalismo. La cultura transmite su mensaje:

La habilidad y la inteligencia humanas ofrecen, a través de una tecnología que enorgullece a la especie, salud, educación, diversión y felicidad, a todo aquél que sea suficientemente "bueno" para pagarlo. Y las oportunidades de conseguir el dinero para ese fin son muchísimas. Demuestre que tiene coraje y habilidad. Demuestre que es omnipotente. Y, ¿si no? pues consiga un pañuelo y llore! ¿Que las oportunidades no son las mismas para todos? ¿Quién habló de justicia? No somos todos iguales, ni queremos serlo.

El: ¡Sálvese quién pueda y cómo pueda! triunfa por amplio margen.

Un tratado de Ginebra pretendía reglamentar lo absurdo de la guerra. Hay armas prohibidas, por lo tanto hay otras permitidas. No se deben matar civiles, ancianos, mujeres, ni niños. Sí, se deben matar soldados, lógicamente, enemigos. Y no parece haber remedio conocido para esta patología social.

Ingenuamente, la ilusión de muchos intelectuales (yo, entre ellos) era llegar al siglo XXI habiendo erradicado el militarismo, los nacionalismos y la religión. Pues deberemos agregar: la droga, el hacinamiento de las grandes ciudades, los desastres ecológicos y un posible desastroso empleo de la ingeniería genética, paradigmática ilustración del poder de la inteligencia humana.

El justificado clamor de justicia que rodea a las víctimas de la violencia terrorista convierte en triste venganza la impotencia para prevenir y evitar esta patología social que el avance tecnológico fortalece peligrosamente.

La sociedad humana cada vez mas sofisticada es un caldo de cultivo donde ya no es posible prevenir la expresión de violencia. Esto no quiere decir que el ser humano es esencialmente violento. Pero no cabe duda que puede serlo.

V).- Reflexiones sobre el Poder

A tiene poder sobre B,

si consigue que B haga algo que, de otra manera no haría

o, no haga algo que, de otra manera, haría;

a favor de sus intereses o, en contra de sus intereses.

Quiero pero no puedo; impone la realidad (al nacer)

puedo pero no debo; intenta la educación

puedo y debo, pero no quiero; clama la revancha

Los distintos niveles, intrincados entre sí, en los que podemos describir la problemática del **poder**, se relacionan con:

*la educación, adquisición de información, imposición de valores.

*las normas de convivencia, la ley.

*los valores éticos, el respeto a los demás.

*la política, la administración de intereses.

*la ideología, los valores sociales.

*la libertad, actuar sin control.

*la naturaleza humana. Un conflicto intrapsíquico, donde luchan para obtener el control de la conducta del sujeto un narcisismo prepotente e intolerante que desprecia al narcisismo ajeno (perverso) y un narcisismo respetuoso del narcisismo ajeno (sublimado).

*sus raíces: la inteligencia y la habilidad del ser humano.

*su uso o abuso.

Que serán los elementos de estas reflexiones.

Capaz de crear, construir y usar herramientas que no pertenecen a su anatomía, desde el martillo al robot, pasando por el avión y la máquina de escribir. Capaz de usar el lenguaje, la escritura, los libros y la computadora. Capaz de pensarse a sí mismo como objeto de estudio.

Aspectos que no comparte con sus antecesores del reino animal, pero que señalan el inmenso poder que la naturaleza le dio.

Para regular ese poder la inteligencia humana ha creado conceptos como responsabilidad moral y justicia social, llegando a la utopía de pretender sus beneficios para toda la especie. Ninguna otra especie animal ofrece un ejemplo similar.

El ser humano es el depredador mas temible de la naturaleza y los enemigos naturales mas peligrosos que tiene, son sus propios semejantes. Por estas características: su inteligencia y su habilidad. Las mismas características que lo convierten en una criatura admirable y maravillosa.

No está muy claro si el lugar de "temible depredador" lo comparte con los parásitos, las bacterias y los virus.

El desarrollo de la cultura humana pretende encontrar una ética que haga la convivencia agradable para todos. Pero quizás el obstáculo insalvable esté, a nivel individual, en el poder que puede adquirir un narcisismo recalcitrante que quiere a los demás, padres, hijos, hermanos, parejas o amigos, siempre y cuando estos estén dispuestos a satisfacer sus arbitrarios deseos. Un narcisismo al que no le interesa demasiado, ni el futuro, ni el resto de la especie. El instinto de conservación de la especie motiva a la reproducción, no, a la preocupación por los vecinos. Este aspecto del narcisismo, individual y grupal, está en constante conflicto con otro aspecto del narcisismo, que podemos llamar sublimado, preocupado por aquella ética universal, dispuesta a compartir con los demás, a ser solidaria. Pero su poder, según lo señala la historia, logra imponerse en la teoría, mientras el narcisismo perverso reina en la práctica concreta. La transacción dialéctica, producto de ese eterno conflicto, nos ofrece abundantes y hermosos discursos demagógicos, acompañados por aisladas y raras, pero emotivas, muestras de solidaridad.

La naturaleza humana impone una seria dificultad en respetar al narcisismo ajeno y una fuerte tendencia a pretender el respeto incondicional al propio.

El extraordinario poder que la naturaleza nos otorgó, propone un formidable desafío: ¿podrá la inteligencia humana evitar las funestas consecuencias del uso indiscriminado del poder humano? ¿Seremos capaces de administrar en forma racional ese poder?

Aunque no nos guste, la definición de lo Humano se completa con el ingrediente del mal como del bien, por lo que entendemos como algo *deshumanizado* aquello que carece del poder humano, constructivo o destructivo. La guerra nuclear y el fenómeno nazi, tanto como los viajes a la Luna, la ingeniería genética, la fábrica automática, la música de Schubert y el psicoanálisis, son productos exclusivamente humanos.

La organización social de la especie es una intrincada selva donde la ley del mas poderoso impone su capricho a los más débiles, a su vez, ávidos de poder.

La socialización del sujeto equivale a la resolución del Complejo de Edipo, la inclusión del individuo en la comunidad cultural, que implica la internalización de alguna sistematización del Principio de Realidad (a qué renunciar, hasta cuándo postergar) por medio de normas culturales de

convivencia que se cristalizan en el Ideal del Yo y que son custodiadas por el Superyo. Las normas de convivencia indican al Yo cuál es la conducta sublimada y cuál la perversa, según los valores del consenso social que la familia, como intermediaria, se encarga de transmitir. Proceso que se desarrolla bajo la presión del Complejo de Castración, cuyo significativo privilegiado es el desprecio del objeto significativo; ingrediente del complejo instinto gregario.

Para ser humano, necesito que otro ser humano significativo me reconozca como tal, merecedor de vivir en la comunidad. Así surgió la necesidad del grupo de pertenencia, en el que el control de los impulsos hostiles es imprescindible para que éste pueda subsistir.

Cuando la criatura prepotente e intolerante, normalmente reprimida en el Inconsciente, triunfa en su eterno conflicto dialéctico con un Ideal del Yo tolerante y dispuesto a respetar al otro, se puede crear un chivo emisario dentro del grupo, para el que la cultura permite canalizar impulsos que transgreden su ética, triste destino que se otorga a los más débiles. En la familia ese lugar lo ocupará la mujer y los hijos mientras que el narcisismo arcaico antisocial individual, disuelto en el grupo de pertenencia, produce la lucha de clases, el racismo, la xenofobia, la guerra, el genocidio, que son formas sociales de la perversión.

Las poderosas contracargas que mantienen la represión, alientan y favorecen la proyección de lo reprimido, intentando evitar el dolor del castigo superyoico por deseos perversos que toda criatura humana no puede dejar de tener. Fantasías prohibidas que pueden, gracias al proceso primario y siempre en el terreno de la fantasía, pertenecer a otros.

Reclamando un *Yo de Placer* por derecho y como mal menor para mi grupo de pertenencia, canalizo todas las formas de hostilidad contra los otros. El juego de la guerra es la licencia cultural para matar. Lo llamo juego porque así pretende entenderlo la irresponsabilidad, el entusiasmo y la alegría con que lo emprende la mayoría de los que intervienen en él. Fácilmente encontramos las fantásticas e irracionales creaciones intelectuales que justifican este juego y satisfacen así la necesidad de matar (?!), razonamiento que lastima a nuestra conciencia pero que la historia insiste en señalar.

Que la manifestación patológica de la hostil agresividad se limite en su exteriorización contra los miembros de otro grupo y a duras penas se mantenga controlado dentro del grupo de pertenencia es un esforzado logro no muy habitual ni duradero. Esto eleva a la categoría de utopía la pretensión de una justicia social para la especie humana.

Pese a nuestra extraordinaria capacidad de adaptación, la convivencia se muestra como un problema sumamente complicado, que necesitamos resolver, siendo la cultura, concepto demasiado amplio quizás, el único campo posible para realizar esta tarea.

Son muchos los seres humanos que están convencidos de lo absurdo de la guerra, de que es absurda la promesa de una vida mejor después de la muerte, de lo irracional del sacrificio humano en la guerra y de que no hay nada más sagrado que la dignidad de la vida humana en convivencia armónica con sus semejantes. Los movimientos por la paz y por la defensa de la ecología del planeta tienden a llamar la atención de la humanidad. Pero hasta ahora no se ha logrado ni frenar ni disminuir la carrera de armamentos. Las personas que forman parte de los cuerpos represivos, no han dado signos de desaliento ante su función, y no son marcianos.

De los dos aspectos de la cultura que señala Freud, a saber, el dominio de la naturaleza y las normas sociales de convivencia, es el segundo el que ha quedado sensiblemente rezagado comparado con los logros alcanzados por el primero.

La evolución de los ideales culturales encuentra en la teoría una aspiración de alcanzar el Ideal universal de Libertad, Igualdad Y Fraternidad. Pero en la práctica, ideales mezquinos o perversos denuncian nuestra naturaleza humana que usa la inteligencia de la criatura más evolucionada para una lucha territorial y de jerarquías, resignificados por la evolución de los valores culturales. La Dialéctica del Amo y del Esclavo divide a la humanidad en los que mandan y los que obedecen, dentro de un grupo. Mientras que la competencia entre los grupos humanos, dado el **poder** tecnológico alcanzado, coloca a la especie al borde de un abismo, convirtiendo en estupidez, la limitación de esa supuesta inteligencia superior.

La cultura es el crisol donde se aquilatan los ideales que, creados como sublimaciones, disfrazan bajo un manto de orgullosa soberbia nuestros mezquinos intereses narcisistas. La cultura resulta

entonces un producto elaborado por el narcisismo de los hombres (y de las mujeres) y no es otra cosa que la síntesis transaccional de un conflicto inevitable: un narcisismo recalcitrante que intenta recuperar el poder omnipotente infantil para su grupo de pertenencia (o para sí mismo, si logra suficiente poder dentro del grupo) en conflicto dialéctico con un narcisismo socialmente adaptado, sublimado, que respeta el narcisismo ajeno tanto como el propio.

Pero "ver" dentro de sí la ilustración fáctica de esta pretensión omnipotente narcisista no puede menos que provocar intenso dolor. Entonces, el significante primordial del complejo de castración, el miedo a la marginación y al rechazo social, moviliza las defensas yoicas impidiendo su toma de conciencia. Nuestra estructura psíquica nos crea la ilusión de la bondad interior, y nos muestra como injustas víctimas de cualquier delirio paranoide que encuentra fácilmente su anclaje en la realidad. La inteligencia fabrica hábilmente argumentos a favor o en contra de todo, lo que hace sumamente complejo distinguir una justa protesta de una hábil calumnia.

Freud señala que quizás haya obstáculos insalvables que ningún cambio cultural pueda superar. El universo continuará inmutable su eterno camino, mudo testigo de la oportunidad que el azar nos brindó.

Nos hemos ido familiarizando con la idea de tener que convivir con un grado de violencia social inevitable que hoy cuenta con instrumentos cada vez más sofisticados capaces de destruir en pocos instantes lo que llevó millones de años construir: todo vestigio de vida en este planeta. Cabe entonces la pregunta ¿cuál es ese *grado inevitable*?

¿Se limitará a la violencia individual, donde un sujeto da rienda suelta a su narcisismo omnipotente herido, con el impulso de muerte defusionado y liberado, descargando su poder destructivo en otros indefensos, o tendremos que aceptar también que es un mal inevitable la violencia institucionalizada, sea de un grupo marginal (la mafia, el Ku Klux Klan), un gobierno despótico (Hitler, Stalin, Pinochet) una nación abusando de su poder sobre otras débiles (la moderna colonización del mundo) o, según denuncia N. Chomsky, un gobierno mundial de facto, imponiendo la globalización y con ella, la flexibilización laboral que reedita una esclavitud mucho más sofisticada?

Podríamos pensar entonces que la guerra y los genocidios son inevitables, experiencia que enseña la historia y, dado que cada vez se usan armas más destructivas, deberíamos intentar aprovechar los momentos que algunos privilegiados de la humanidad tenemos, pudiendo darnos el lujo de negar que esto sea real, evitando la ansiedad lógica que despierta esta posibilidad, disociarnos y disfrutar de lo posible.

Lo que en realidad, hacemos.

Podemos construir una curva graficando la ética del poder:

La rama ascendente conforma el grado de poder que un sujeto debe lograr para un estado de salud física y mental que le permita un mínimo de adaptación e integración a su medio. Elementos de poder que la educación, la familia y la sociedad deberían fomentar y ayudar a obtener. Algo a lo que todo sujeto tiene derecho.

El punto de inflexión de la curva sería el límite donde ese poder individual comienza a perjudicar las legítimas necesidades de los otros.

La vertiente descendente comprende los abusos del poder en detrimento del derecho de los otros, según valores consensuados de una ética que contempla las necesidades *legítimas* de toda la especie, o sea, de una justicia social únicamente posible en el plano de la utopía. Abusos que la educación, la familia y la sociedad deberían evitar.

El punto más bajo de la curva descendente sería el poder que llega al genocidio de los chivos emisarios, de aquellos que no deben considerarse como humanos: indios, negros, judíos, etc, etc, etc.

VI).- Reflexiones acerca de la violencia.

*** - Freud señaló como la 3ª herida al narcisismo humano el descubrimiento del Inconsciente, un poderoso desconocido que nos acompaña toda la vida y que nos condena a un constante conflicto.

Ya no tiene sentido seguir discutiendo la existencia de ese Inconsciente. Casi todas las manifestaciones de la cultura aceptan al convidado de piedra. Pero seguimos y seguiremos discutiendo el contenido de la parte sumergida del Iceberg, o sea, del Inconsciente.

Todos ocultamos en ese Inconsciente a una criatura soberbia, prepotente y caprichosa que entiende que, como se considera lo más maravilloso del Universo, merece que los demás (todo y todos) estén a su disposición incondicional. Con derecho a despreciar las necesidades narcisistas de los otros. No tolera la frustración. Y cuando esta se produce, lo que es inevitable, toda su energía vital se concentra en furia destructiva.

En algún momento, lo ilustra cualquier criatura normal al poco tiempo de haber nacido. Cuando su aparato psíquico aún no está dividido y no hay un Superyo formado que reprima a esa criatura.

El Inconsciente tiene también aspectos muy positivos. Por ejemplo, la capacidad creadora del pensamiento mágico tiene allí sus raíces.

Para sobrevivir en sociedad, lo que es una necesidad narcisista inalienable, esa criatura debe ser domada y controlada para que aparezca un sujeto amable, dispuesto a compartir, a colaborar, a ser solidario. Por lo menos, en algunos momentos. Y con algunos semejantes.

Es lo que intenta realizar el proceso que los psicoanalistas llamamos "elaboración del Complejo de Edipo" que, de muy mala gana para su dueño, va internalizando una Ley que impone el respeto al vecino (con algunas licencias) que el Superyo intentará imponer para controlar a esa criatura. Nos socializamos, sometiéndonos a alguno de los tantos intentos de convivencia, códigos sociales que conforman las variadas culturas humanas. Un proceso **violento** para cualquier criatura. Pero a nadie se le ocurre que pueda ser de otro modo.

En el mejor de los casos, el deseo de venganza de la criatura quedará oculta en el Inconsciente esperando su oportunidad que sería de desear que no llegue nunca.

Es el **miedo** el que permite y convence a la criatura humana que se someta a la Ley social. Y es el **Poder** (definido por los valores del consenso) el que rompe los controles que una convivencia amable requiere.

Podemos definir a los seres humanos como empedernidos deportistas cuyo deporte favorito es la competencia narcisista que, cuando las circunstancias lo permiten, nos sumerge en la lucha por un poder, nunca suficiente. Entre todos y contra todos. Somos buenas personas que denunciemos el abuso de los que detentan el poder... cuando no lo tenemos. Es el lugar del poder el que ilustra nuevamente la vitalidad de la criatura que fue. Competimos para ganar (someter) y poder desprendernos del molesto barniz social que cubre nuestras intenciones.

La división del sujeto consiste entonces en un Inconsciente eficaz que alberga a la criatura indómita, cubierto por una parte socializada de nuestra personalidad que llega hasta a negar la existencia del Inconsciente, que no se puede eliminar. Las dos partes también luchan por el poder, que consiste, en términos psicológicos, lograr el control de la conducta. Al deseo de reaccionar con violencia ante la frustración, responde el miedo a la soledad. Un conflicto que recién termina con la muerte del sujeto.

Ovidio, poeta romano que nació unos cuarenta años antes de comenzar la era cristiana, nos cuenta que Narciso fue un muchacho de extraordinaria belleza, que despertó el amor de muchos hombres y mujeres sin corresponder a ninguno. La conducta de Narciso acabó por atraer el castigo divino: el joven se enamoró de sí mismo al contemplar su imagen reflejada en las aguas y, desesperado al no poder alcanzar el objeto de su amor ni satisfacer su pasión, permaneció junto al arroyo hasta consumirse.

El mito relata un castigo impuesto a quien transgredió una ley no escrita que se opone a la satisfacción de un deseo.

¿Quién no quisiera tener el poder de Narciso? La juventud y la belleza son dos armas poderosas para conquistar a cualquiera y lograr su rendición incondicional.

Someter caprichosamente a los demás es un deseo infantil imposible de eliminar, pero hemos

aprendido a negar su existencia.

¿Quién no tuvo que tragarse la rabia muchísimas veces,⁴ esperando infructuosamente la llamada de alguna persona significativa? Que la persona importante para un sujeto demuestre la necesidad de estar con él (o con ella) es una confirmación de que la vida vale la pena. Y demuestra que uno es importante para aquel que es tan importante para uno. Sería deseable que eso suceda espontáneamente. Y a veces sucede, pero muchas veces la espera es en vano.

Si podemos vengarnos, logrando que los demás estén más pendientes de nosotros que nosotros de ellos; si logramos invertir la dependencia y podemos llevarlos a la desesperación deseando que nos dignemos siquiera a prestarles un poco de atención, entonces el desprecio de Narciso (que en eso consiste la transgresión de la ley) cobra sentido.

***- Defino al Narcisismo como una necesidad que pertenece a nuestra esencia. Creo que es innata, incluida en el bagaje genético que la naturaleza otorgó al animal humano, igual que al resto de los mamíferos.

Es la necesidad que tiene todo sujeto de que otro miembro de la especie lo reconozca como algo valioso, querible, merecedor de vivir en sociedad. Ser considerado importante por otro, que es importante para el sujeto. Nuestra conducta apunta a buscar la satisfacción de esa necesidad impuesta por el Narcisismo.

A pesar de nuestros discursos, que claman fervientes deseos de amor al prójimo, en el mejor de los casos ocultamos en el fondo del inconsciente nuestros deseos de ser dioses inmortales que merecen el reconocimiento incondicional de los otros.

Narciso era un hermoso muchacho, que, por esos dones naturales, conquistaba el amor de todos. Y se daba el lujo de rechazarlos. No correspondía a nadie.

Juventud y belleza. Fácil poder de convocatoria y de seducción. Obtener el poder de Narciso sería la venganza por todas las frustraciones: ¿cuáles? El no ser reconocido como uno quisiera y en el momento que uno quisiera y por aquél que uno quisiera.

¿Una historia de amor? Sí. Si podemos aceptar que el amor es el deseo de esclavizar al objeto amado. Para que cumpla con el deber de reconocer incondicionalmente al que se digna en amarlo.

Lo insólito es que cuando dos se aman están sinceramente convencidos de estar dispuestos a cumplir esa promesa por toda la eternidad. Lástima que esta enfermedad, la del enamoramiento, se cura sola. Y cuando aparece la convalecencia de tan dichosa patología, cada cual está convencido de tener el derecho a que el otro debe cumplir esa promesa. Luchamos por el poder para acaparar más derechos y someter con más deberes a los demás.

Hay dos formas de intentar satisfacer la necesidad narcisista (la de ser importante para los que son importantes para nosotros). **Respetando** al otro, lo que conforma un narcisismo socialmente adaptado, sublimado; o, **despreciando** al otro, lo que conforma al narcisismo perverso.

Esta forma de plantear el Narcisismo ilustra nuestra dependencia. No de cualquiera, sino de algunos objetos significativos, importantes, para nosotros. Que conforman los miembros de nuestros grupos de pertenencia. En el enamoramiento, el objeto significativo del que se anhela ese reconocimiento, es uno sólo. Hegel plantea que, en el caso ideal, uno espera ese reconocimiento de todos los otros. Sin embargo alcanzan los miembros del grupo de pertenencia para satisfacer la necesidad del reconocimiento positivo. Y generalmente somos miembros de varios grupos.

La presión del narcisismo perverso, sea para someter a los otros, que no se dejan, o para destruir al mundo por las frustraciones que impone al sujeto, es de tal intensidad que se impone alguna vía para descargar la tensión; descargas que pueden ser bruscas, **violentas**.

La neurosis es el mal menor que pagamos de mala gana esperando lograr una convivencia más amable. Pero, sea porque la presión de la hostilidad es demasiado intensa, sea porque las vías de descarga "saludables" son difíciles y escasas, es la descarga violenta el gran problema, tanto para el sujeto como para la convivencia de la especie.

⁴ Esto implica tolerar el displacer. La descarga brusca de tensión es placer y dejar que la tensión interior aumente es displacentero; hay un umbral de tolerancia, a esa tensión que un sujeto puede aguantar. Por encima de ese umbral, la descarga se impone en forma parentoria, brusca, **violenta**. -15-

REFLEXIONES SOBRE EL FACTOR SOCIAL DE LA ENFERMEDAD MENTAL

*** - Por su necesidad narcisista, el sujeto forma o es miembro de diversos grupos de pertenencia. Compite para llamar la atención dentro del grupo. Para ser considerado importante. Para obtener todo el poder, todo reconocimiento posible.

Pero, dentro del grupo, para que éste sobreviva y para ser aceptado, se debe mantener el control sobre los caprichos y buscar la satisfacción de las apetencias narcisistas "por las buenas". Se compite entonces para lograr suficiente poder que permita someter al grupo e imponer los caprichos de uno. A un sujeto con suficiente poder, el grupo le tolera la trasgresión a la ética que se impone al resto del grupo. En todo grupo humano el que tiene poder, abusa de él. Depende de los elementos que constituyen la identidad del grupo, del poder y de su función y ubicación social, o sea del contexto, la repercusión positiva o negativa que ese abuso de poder obtenga.

El grupo de pertenencia tendrá su identidad con raíces en la biología: la familia, la raza, el sexo, el color de la piel, la edad; o en las instituciones que se exponen como orgullosas adquisiciones culturales: la nación, la religión, la institución política, deportiva o profesional.

Dentro del grupo siempre se puede elegir a un miembro y convertirlo en un chivo emisario contra quién descargar la hostilidad. Pero un curioso mecanismo psicológico grupal pone un dramático acento en la convivencia social:

Debo reprimir mis caprichos dentro del grupo. Para ser aceptado y para que el grupo pueda sobrevivir. Bien. Pero, como mal menor, vamos a recuperar el poder y los derechos para el grupo de pertenencia. Esa será la revancha. Y el beneficio secundario es el poder grupal que intimida más que el sujeto aislado. El narcisismo individual queda disuelto en el grupo de pertenencia.

Entonces, habrá solidaridad entre nosotros (los Señores) y ellos, los otros, los desgraciados de turno serán los que no merecen la menor consideración. Los argumentos que la inteligencia humana se enorgullece en producir serán los justificativos para que la violencia descargada contra ellos sea absolutamente racional.

Este es el fenómeno social que Freud llamó "el narcisismo de las diferencias". La guerra, sucia o "limpia", los genocidios, el racismo, la xenofobia, la lucha de clases, son sus manifestaciones.

Los mismos argumentos (las diferencias) también justifican la importancia del otro. Uno se enamora de un otro diferente. Y lo admira (o envidia). Por lo que "el narcisismo de las diferencias" puede ser sublimado. La competencia no tiene que ser siempre destructiva. También puede ser productiva. La encontramos en el deporte, en la ciencia y en las artes, como en cualquier encuentro humano (*a veces*).

*** - Una de las definiciones de enfermedad dice que ésta es un estado caracterizado como la ruptura del equilibrio bio-psico-social que un sujeto puede lograr.

Esta definición acentúa la valoración diferencial que merecen los tres niveles: biológico (cuerpo), psicológico (mente) y social (vínculos) y el grado de subjetividad y ambigüedad que tal definición encierra. Debemos reconocer además que la unidad con la cual medimos ese equilibrio está lejos de poseer un grado elevado de exactitud. Pero la intención no es profundizar en el problema de la ambigüedad, aunque ésta contamine inevitablemente el resultado. La intención es agregar o subrayar aspectos de la enfermedad que afecta a la criatura humana. La hostilidad, emparentada con el odio, es la causa necesaria, aunque no suficiente, de la enfermedad y el dolor que ésta produce.

La manifestación de la hostilidad a nivel biológico es la enfermedad psicósomática. A nivel psicológico la vemos en la neurosis y en la psicosis, mientras que en el nivel social comprende las manifestaciones patológicas de la lucha de clases que, comenzando con la competencia sado-masoquista que se encuentra en la pareja, llega a la guerra y sus sustitutos: genocidio, guerrilla, represión despiadada, etc.

Es evidente que cierto monto de agresividad es necesario para emprender cualquier tarea, por más inocente que ésta sea. La pregunta que se desprende entonces es en qué momento o en qué nivel esta agresividad se convierte en hostilidad.

Podemos contestar que el límite se encuentra en el momento en que aparece la intención de dañar, destruir, romper. Y una vez que la agresividad se vuelve hostil entramos en el campo afectivo del odio y de la conducta sádica.

Dicho de otro modo: la agresividad puede estar al servicio del amor o del odio, ser constructiva o destructiva, sintónica o distónica con una ética consensual que es la que determina cuál es el límite.

En el terreno del odio encontramos la rabia, la furia, la violencia, sentimientos caracterizados por su matiz destructivo. El desprecio al otro semejante es la excusa que justifica el pasaje del amor al odio, ya que el desprecio hace que ese otro semejante aparezca como no merecedor de respeto, razón por la cual puede ser atacado sin que eso ocasione culpa alguna¹. El otro, en este caso, no es considerado como sujeto sino como objeto.

Del desprecio se puede pasar al abuso de poder hasta llegar a la completa aniquilación del otro, convertido en objeto despreciable.

Es cierto que existe una frecuencia relativamente grande de matices que colorea tanto el amor como el odio. Convengamos en que todo límite conceptual comprende un monto sutil de ambigüedad insalvable. Así, el respeto puede estar teñido tanto de amor como de odio, pero es evidente que el desprecio, la marginación y el sometimiento sólo pueden ser agrupados del lado del odio.

*****- Los agentes patógenos sociales**, las heridas narcisistas, son frustraciones cotidianas inevitables que en mayor o menor medida afectan al Yo, poniendo a prueba su fortaleza para frenar la hostilidad que como consecuencia de la frustración proviene de capas más profundas, del Ello. Es decir, toda frustración, toda herida narcisista, provoca una carga de hostilidad en el Ello. Pero es el Yo el que debe poder frenar de alguna forma esta carga hostil, y en ese poder - no-poder, se manifiesta su grado de fortaleza.

El cuerpo humano puede ser defendido en forma más eficaz si el equilibrio entre los conflictos internos logra una adecuada adaptación a un ambiente socio-cultural donde el sujeto se inserta como miembro de un grupo de pertenencia. Si la transacción de los conflictos psíquicos que resultan de las frustraciones cotidianas se resuelve en una conducta hostil que convierte los vínculos sociales del sujeto en relaciones difíciles y distantes, se entra en un círculo vicioso: el sujeto que como resultado de una frustración adopta una conducta hostil sólo provocará dificultades en sus vínculos sociales, y esto a su vez le producirá más frustraciones⁵.

Normalmente, el Yo combate tanto la hostilidad externa como la interna. La externa proviene de cataclismos de la naturaleza en general (por ejemplo terremotos, maremotos, inundaciones, etc.) y de los otros semejantes en particular.

La interna proviene del Ello que demanda incansablemente y no tolera la frustración, y del Super-yo que vigila y censura sus actos. Decimos así que el Yo es un esclavo de tres amos: el Ello, el Super-yo y la realidad externa. Tarea nada fácil si se toma en cuenta que muchas veces estos tres amos dan órdenes contradictorias entre sí. Dependerá de las circunstancias que alguno de ellos adquiera momentáneamente más poder que los otros sobre el Yo. Es así como éste debe repartir la energía disponible, y puede resultar debilitado en uno o varios de estos frentes.

Si el Yo fracasa en el control de los impulsos hostiles que surgen en el Ello, éstos atacan a los que deberían ser aliados del Yo: su cuerpo, su mente, su ambiente social. La hostilidad se descargará con alguno de ellos o contra todos.

Así, el cuerpo y la mente pueden ser atacados tanto desde adentro como desde afuera.

***** - En 1911, Adler se separa de su maestro, abriendo otros caminos a diversos problemas teóricos del Psicoanálisis. Tras la ruptura, obtiene gran apoyo en los Estados Unidos, lo que provoca un amargo comentario por parte de Freud:**

"El objeto de esto es presumiblemente salvar al mundo de la sexualidad y asentarlo sobre la agresión".⁶

Encandilado por sus propios descubrimientos relacionados con la sexualidad, Freud no otorgaba demasiado valor a los planteos de Adler acerca de la importancia de la agresión. Tras la Primera Guerra Mundial, vencidas las potencias centrales que gozaban de su simpatía y habiendo perdido

¹ La escuela kleiniana llama a esto "defensa maníaca".

⁵ Conducta que concreta la "Profecía autocumplidora" Teoría de la Comunicación Humana. pág 96

⁶ E. Jones Vida y obra de Sigmund Freud. T II pág 147

una hija, Freud escribe en 1920 "Más allá del principio de placer". En este texto otorga un status especial a la agresividad con la introducción del concepto de pulsión de muerte que despierta resistencias entre sus discípulos. Se puede entender la pulsión de muerte como la raíz del impulso de destrucción del ser humano. Es una fuerza que tiende a que lo animado vuelva a un estado anterior de inanimación. En definitiva, un intento de Freud por explicar la hostilidad en el individuo y en la sociedad.

Vimos cómo la frustración (no lograr satisfacer un capricho, razonable o no) coloca la agresividad bajo el mando del odio en el Ego. Veamos cómo se da este proceso a través de la evolución.

El desarrollo individual pasa por una primera etapa donde predomina la intolerancia a la frustración. En esta etapa el sujeto debe aprender a tolerar la frustración, lo que lograría definitivamente en lo que se denomina etapa genital. Así, se considera que la etapa genital es aquella en la cual tiene lugar la fusión pulsional, es decir, donde el amor ha vencido al odio.

De cualquier modo, la agresividad cruza el límite de la hostilidad empujada por la frustración. Ese es su origen: la frustración. Aunque las vicisitudes de su destino pueden ser diversas, el aumento de tensión que se produce al pasar de la agresividad a la hostilidad implica siempre un displacer. Este sólo puede ser tolerado hasta un cierto monto. La "intoxicación" que este aumento de tensión provoca equivale a un dolor del que el sujeto tratará de deshacerse. La tolerancia a la frustración tiene un umbral por encima del cual la descarga de la tensión se hace perentoria. La disminución de esta tensión es el placer buscado.

***** - Ya vimos cómo el monto de tensión que un sujeto puede soportar tiene un límite, pero ¿de qué depende ese límite? ¿Por qué ciertos sujetos pueden tolerar más que otros?**

La capacidad de resiliencia (salir fortalecido de una desgracia) pertenece a la condición humana, pero para ser posible, deben darse determinadas condiciones que no siempre están presentes.

Podemos encontrar una respuesta en la conjunción de diversos factores, como el bagaje genético de cada sujeto y su historia personal. Esta interacción de factores determina hasta cierto punto cuál va a ser el monto de tensión (displacer) que el sujeto pueda soportar. La ausencia total de tensión equivale a la muerte, donde tampoco hay placer.

El exceso de tensión implica siempre un displacer y una necesidad perentoria de descarga. La forma más saludable de descarga es el acto sexual en una relación compartida. También la sublimación es un camino posible de descarga, ya que convierte la tensión en impulsos socialmente aceptados, como el trabajo, la creación artística y científica, etc. Pero aún así, miles de años de historia parecen demostrar que las frustraciones alimentan tal monto de hostilidad, que en la práctica las experiencias sexuales y las sublimaciones no alcanzan como vías de descarga.

El exceso de hostilidad puede dirigirse:

- contra el propio cuerpo (enfermedad psicósomática)
- contra el juicio de realidad (refugiándose en la fantasía)
- contra otros (objetos inanimados o semejantes a uno)

La descarga contra el propio cuerpo o contra el juicio de realidad obtiene resultados fugaces y desalentadores. Aclaremos que la elección del camino de descarga también depende de las series complementarias (bagaje genético- historia personal) y que escapa fácilmente al control voluntario.

La actitud hostil contra el propio cuerpo puede ser interpretada como un deseo de autocastigo, sea por pretender demasiado o por no conseguir lo que se pretende. Pero un cuerpo enfermo es ya una frustración.

El refugio en la fantasía es una defensa útil por un tiempo, pero en definitiva la realidad termina imponiéndose, por lo que la adaptación a ella puede evitar algunas frustraciones. En la fantasía el sujeto puede manejar a los otros semejantes a gusto y antojo, y la capacidad de autosugestión puede convencerlo de que se puede prescindir de los otros en la realidad. No poder satisfacer siempre esta necesidad de reconocimiento positivo por parte de los otros demuestra el fracaso de la fase alucinatoria del deseo. El ataque al juicio de realidad que lo quiere enfrentar con una realidad dolorosa, en vez de ayudar, posterga y complica el problema.

La descarga contra otros provoca un notorio placer en el instante en que se efectúa esta descarga. El placer aparece en el momento en que se rompe algún objeto o se insulta, golpea o mata a alguien. Pero después, la culpa por lo hecho puede convertirse en una frustración mayor que la que provocó la conducta hostil.

Es evidente que la hostilidad es un serio problema para la convivencia social y predispone el terreno somático para que la enfermedad se asiente. Pero habitualmente, el monto de hostilidad que se produce en un individuo ¿excede la capacidad yoica de su control? Se puede pensar que el control de la hostilidad depende del interés yoico para efectuarla, pero este planteo nos lleva a algunas cuestiones:

- * ¿Es una elección posible para el Yo, o se produce un desborde automático superado determinado umbral?
- * ¿Se resolvería el problema educando al Yo para que éste canalice y regule la descarga por los caminos "saludables"?
- * ¿Acaso no resulta conveniente y eficaz en determinadas situaciones instrumentar la hostilidad para la conquista y/o defensa de un lugar digno en la sociedad?
- * ¿Es posible hablar de libertad de elección?
- * ¿De qué depende la limitación de esa libertad?
- * ¿Cómo intervienen las circunstancias ambientales?

Ser deseado por el objeto significativo, recibir el premio esperado a la sublimación y ser capaz de sublimar para merecer esa respuesta exige la conjunción de diversos elementos que pocas veces se produce.

***** - El ambiente social alienta el uso de la violencia**, sea para protestar contra el abuso de poder (huelgas, revoluciones), sea por ofrecer un modelo donde los dividendos del uso de la violencia (corrupción) resultan sumamente tentadores. La unión en una masa humana agrega una sofisticada tecnología a la suma de las fuerzas individuales. Además crea un consenso que diluyendo las conciencias éticas, fortalece la ilusión del abuso impune del poder en contra de los enemigos de turno.

¿Educar a la humanidad? Esta parece ser una tarea que las circunstancias, sometidas al azar, están realizando sin la posibilidad de intervención racional voluntaria. Cabría preguntarse si el curso de la historia y la ideología de los grupos de poder dependen del carisma de sus dirigentes. ¿O será que un dirigente podrá imponer su carisma si interpreta "adecuadamente" las circunstancias históricas de su entorno? Lo que incluye las pretensiones del narcisismo arcaico de sus dirigidos.

Creo que las respuestas no están al alcance de nuestra capacidad de reflexión. ¿O son tantas las respuestas posibles que otra vez se impone la ambigüedad?

En cuanto a la descarga de violencia, sería interesante comprobar si produce un placer mayor que las otras vías (sublimación, pensamiento). Si la disminución de tensión fuera igual, no debería experimentarse un placer mayor en el orgasmo que en la descarga de furia destructiva. Pero este último camino es más fácil y simple. En efecto, mientras que cualquier objeto puede ser útil para ser destruido en cualquier momento, un/a compañero/a para el acto sexual pocas veces está disponible en el momento deseado. Así, la convivencia como necesidad imprescindible se convierte en un problema de difícil solución a causa de la hostilidad.

***** - La cultura y las distintas sistematizaciones del Principio de Realidad son normas, elaboraciones intelectuales con que la humanidad intenta resolver el problema de la convivencia.**

La introducción en forma consciente o no, de determinadas licencias en estas sistematizaciones ha permitido una vía de descarga valiosa y eficaz. La necesidad de convivir es un hecho indiscutible, y la dificultad de convivir, también. Parecería que el mal menor consiste en satisfacer la necesidad dentro del grupo y que la dificultad se canalice fuera de él, hacia otros grupos. Otra licencia, empíricamente válida, es la elección tácita de un chivo expiatorio, aún dentro del grupo de pertenencia. Además, la descarga de la hostilidad puede convertirse en un deber (por la presión del

consenso social) hacia determinados chivos expiatorios o hacia los desgraciados enemigos de turno. Es como si el discurso fuera: "Esos seres no merecen considerarse humanos, por lo que deben estar a disposición de los Señores, que somos nosotros." Son situaciones cotidianas de la vida social, difíciles de reconocer por la contradicción ética que encierran. La historia y la experiencia cotidiana insiste en señalar la tendencia al abuso de poder, de aquél que lo obtiene. Y todos, cuando pueden, compiten para lograrlo

***** - El análisis de la hostilidad como elemento privilegiado de la patogenia debería sentar las bases en una adecuada terapéutica.**

Esta debería plantearse ciertas metas, como fortalecer al Yo para que éste pueda cumplir en óptimas condiciones su función de defensa contra la hostilidad, tanto interna como externa, evitando su canalización hacia el cuerpo y convertir la energía disponible en conductas sexuales y sociales, sublimadas.

Lograr una adaptación a su ambiente geográfico socio-cultural facilitando lo que podemos entender como una realización constructiva y productiva que satisfaga las necesidades vitales del sujeto.

En las series complementarias, tal como las postula Freud, están los elementos a tener en cuenta para esta tarea:

- en cuanto al factor constitucional: trabajar sobre el mapa genético es una posibilidad peligrosa que la ingeniería genética comienza a desarrollar. El riesgo es fabricar monstruosidades al capricho de intereses poco éticos. ¿Quién dictamina cuándo lo son? La naturaleza realiza este trabajo a su capricho. ¿Está en condiciones el ser humano de hacerlo mejor?

- las experiencias infantiles se refieren a la educación, incluyendo la familia, la escuela y el ambiente socio-económico-cultural. En la historia encontramos dos ejemplos extremos. Exagerada represión, exagerada permisividad. El arte pedagógico todavía no puede ponerse de acuerdo en el sentido de dónde ubicar el equilibrio deseable, ya que los elementos en juego son demasiado sutiles.

- las experiencias traumáticas de la vida adulta: ¿hasta qué punto puede ser diseñado desde la teoría el caldo de cultivo que resulta cualquier ambiente social? El azar es un conjunto imposible de aprehender en sus infinitos elementos. Hay una semejanza evidente con las dificultades de la educación.

Las series complementarias ya vistas, serían una fórmula de una exactitud asombrosa si sus componentes se pudieran colocar bajo el análisis. En la práctica, el grado de ambigüedad insalvable obliga a modestas reflexiones.

La hostilidad es un enemigo digno del mayor respeto. Y el respeto es una forma sublimada del miedo. El baluarte yoico demuestra a través de la historia las limitaciones de su humilde poder. Las fuerzas enemigas están tanto adentro como afuera del sujeto.

No es extraño que la especie humana haya recurrido a la fantasía de uno o varios Dioses omnipotentes para estar en mejores condiciones al enfrentar tales enemigos.

Si el odio surgido por la frustración toma forma en la clase social sometida a las injusticias impuestas por la clase dominante, puede manifestarse en una de las revoluciones cruentas que ilustran la historia. Lamentablemente jamás se concretó su intención de imponer una justicia social.

*****De la Pasión a la Razón.**

¿Por qué la guerra?

¿Por qué los genocidios?

Pretender que el ser humano imponga la razón allí donde la pasión embota los sentidos, es, no sólo inútil sino arriesgado.

Inevitables prejuicios internalizados destinan la simpatía hacia unos y el desprecio y el odio hacia los contrarios. Pertenecer tiene sus privilegios.

*El **instinto de conservación de la especie** promueve la reproducción, pero no se opone a la aniquilación de los vecinos.*

La guerra es una excelente solución para la economía psíquica:

El Deseo se convierte en Deber.

Destruir al enemigo de turno merece envidiables medallas.

La satisfacción del deber cumplido evita un muy molesto sentimiento de culpa.

Lo perverso y/o psicótico se ha convertido en un acto sublimado.

La pobreza y la miseria predisponen a la guerra, a los genocidios y al terrorismo. Pero las diferencias de clase, tanto dentro de un grupo como entre grupos (naciones) se resisten a un favorable cambio. Entonces, el culpable del desatino del terrorismo y de la guerra es la condición humana, que no se puede cambiar.

Mientras, la cultura humana insiste en su mensaje:

¡Sálvese quién pueda y como pueda!

Muchos lo logran.

***- La Competencia Narcisista

El juego "Fort-Da"⁷ se convierte en el juego "Up-Down"⁸ (estar encima-estar debajo), que aparece en todo encuentro (**la competencia narcisista**). El amplio espectro en que puede presentarse va desde que uno cede y se somete incondicionalmente al otro, hasta que uno somete cruelmente y/o aniquila al otro (sea individuo o grupo). Cristaliza en la lucha de clases, conformando religiones que rinden culto a padres ideales, o soberanías nacionales representando madres ideales, excelentes excusas para la guerra.

La prohibición del incesto y del homicidio puso las bases de una legislación que incluye en su motivación altos ideales utópicos de Libertad, Igualdad y Fraternidad.

El miedo al desprecio y al desamparo, nos lleva a elaborar el Complejo de Edipo y a someternos a la cultura. Integramos grupos de pertenencia donde buscamos el reconocimiento de otros semejantes para sentirnos humanos.

En todo grupo de pertenencia (familia, patria, religión, clase social, etc, etc, etc) subyace una ilusión mágica semejante a "*La raza superior*" o "*El pueblo elegido*"

En el grupo, todos quieren estar arriba, lo que da derecho al reconocimiento positivo del resto.

El deseo de usar al otro, cómo, cuándo y dónde se nos antoja; y la necesidad de convivir con él (que desea lo mismo) es un conflicto heredado de la filogenia.

El reconocimiento positivo de aquél otro a su vez valorado por el sujeto, eleva su autoestima lo suficiente para siquiera por un instante soportar resignado las dificultades de su muy limitada existencia.

El deseo es competir y ganar siempre, lo que es imposible. Por lo que la frustración se presenta continuamente y causa un profundo dolor contra el cual surge el odio como justificada respuesta.

Ser importante es, a veces, más valioso que ser querible. O, se es querible, si se es importante. Y se es importante, si se gana. En el deporte se acepta la competencia y se intenta controlar la envidia forzando convertir a ésta en admiración. La guerra es un ejemplo más dramático. Se exige competir y ganar al enemigo, matándolo. Que un general envíe a la muerte a su tropa es un desprecio ampliamente justificado por la defensa de la patria (de lo "nuestro").

VII)- El narcisismo en las psicosis

¿Qué entendemos por psicosis?

Delirio - Alucinación – Conducta bizarra

**¿Qué entendemos por neurosis?
salirse con la suya.**

La rabia del Ello por tener que reprimirse, no poder

oposición del Ello.

El sujeto se porta bien, sublima, a pesar de la

"la etiología común para el estallido de una psiconeurosis o de una psicosis sigue siendo la frustración"
Neurosis Y Psicosis.- Freud 1924

⁷ Freud-Más allá del Principio del Placer

⁸ Jay Haley- El arte del psicoanálisis

“lo decisivo para la neurosis sería la hiperpotencia del influjo objetivo, y para la psicosis, la hiperpotencia del ello. Tanto neurosis como psicosis expresan [] su incapacidad para adaptarse al apremio de la realidad” *La Pérdida De Realidad En La Neurosis Y La Psicosis.- Freud 1924*

Nuestro estado de ánimo está íntimamente relacionado con la necesidad que tiene todo sujeto humano que algún otro significativo lo reconozca como tal. De ello depende su autoestima, por lo tanto, su salud mental.

Por esa dependencia nuestro ánimo siempre oscila entre la melancolía y la manía.

* En la **melancolía** el sujeto se considera un objeto descartable.

* En la **manía** está convencido que es maravilloso.

Nuestro ánimo oscila entre esos dos extremos.

Es agradable **acercarse** al polo maníaco (estar eufórico) y contagiar ese estado a todo el mundo.

Es difícil soportar las quejas del que intenta contagiar la futilidad de la existencia a quien se atreva a estar cerca.

Un sujeto siempre está necesitando (esperando) el reconocimiento positivo de algún objeto significativo.

* **Al recibir un reconocimiento positivo (una gratificación narcisista) de una persona significativa**, uno se acerca al polo maníaco, tiene más confianza en sí (la autoestima se ha incrementado).

* Si el sujeto **recibe un reconocimiento negativo de alguna persona significativa (una frustración narcisista)** disminuye su autoestima, acercándose al polo melancólico. Depende de la tolerancia a la frustración que sus **series complementarias** han permitido desarrollar.

* La frustración (el reconocimiento negativo) genera rabia, defusión instintiva, o como quieran llamarla. El bebé reacciona con el berrinche. Un adulto debe controlar sus reacciones y “portarse bien” (sublimar).

Pero la rabia es una defensa contra la melancolía; mantiene la autoestima. Sutiles racionalizaciones “justifican” la condena del que se niega a reconocer al sujeto como éste pretende. Llegamos a la **paranoia**. Aparecen delirios que son interpretaciones sutiles de una realidad que se percibe como confabulada en contra del sujeto, ancladas en determinados elementos que sí existen en esa realidad.

* El **esquizofrénico** intenta convencerse que no necesita el reconocimiento externo. El mundo interno pretende reemplazar en la fantasía, una realidad que nunca es fácil.

La tolerancia o la intolerancia a la frustración (de las heridas narcisistas, o sea, de los reconocimientos negativos) determina que la estructuración del síntoma tenga lugar, o no. Y la historia personal (las series complementarias) es la que determina tanto la “elección” del síntoma, como la estructuración (la permanencia en el tiempo) del mismo. La rabia por la frustración, se descarga contra el aparato psíquico que percibe una realidad que no se puede tolerar.

Normalmente estos síntomas se presentan en cualquier sujeto, por instantes.

*****La alquimia del consenso**

Que la religión y el nacionalismo con sus delirios y alucinaciones confirman un diagnóstico de psicosis colectiva, es inhibido por un consenso que impide tal diagnóstico, a pesar que una reflexión desapasionada lo confirma.

En cambio la guerra obtiene con mayor facilidad tal rótulo.

Se hacen alardes de estar salvando especies salvajes en peligro de extinción, mientras, a pesar de enarbolar la bandera de los derechos humanos, la mayoría de los humanos viven en condiciones que avergüenzan a la especie.

La xenofobia, el racismo y la lucha de clases pertenecen al campo de la perversión.

Que el consenso, la opinión subjetiva de un grupo humano tenga la autoridad de otorgar o quitar tal juicio de un fenómeno social, señala la fragilidad de nuestro juicio. La dramática patología de nuestra cultura va acompañada de una "sana" hipocresía que un universal pacto de silencio se encarga de ocultar.

El consenso "cura" la psicosis en forma espectacular, llevando la religión y el nacionalismo, al campo de la normalidad. Las raíces de la cultura humana están profundamente ancladas en una muy seria patología.

Es el consenso el que determina lo que es adecuado o inadecuado. Por lo que **el diagnóstico de psicosis (de lo que se considera un delirio o una alucinación, o una conducta bizarra) depende del consenso.**

En la elaboración del Complejo de Edipo se internalizan normas culturales de convivencia que corresponden a una ética **consensuada**. La fuerza del consenso se debe a la necesidad de integrarse en un grupo de pertenencia y diferenciarse de otros.